

CUENTOS FANTÁSTICOS CHINOS

ANTOLOGÍA GENERAL



Ilustraciones para algunos de los cuentos recopilados en esta edición
(de arriba abajo y de izquierda a derecha, cuentos 1, 3, 4 y 5).

PARTE I

DESDE FINALES DE LA DINASTÍA ZHOU
HASTA LA DINASTÍA TANG

1

EXISTE un país donde habitan los *nieer* u «hombres orejasgrandes». Se sitúan sus territorios al este del País de los hombres sin intestinos. Todos sus habitantes tienen la piel como atigrada y están siempre sujetándose sus enormes orejas con ambas manos; cuando duermen, usan una de colchón y, de manta, la otra. Este aislado país está en el centro del mar.

ANÓNIMO, *Libro de los montes y los mares*, VII
(final de la dinastía Zhou y dinastía Han)

2

Al oeste del recién mencionado país está el país de estos hombres: los *changbi* o «brazoslargos», cuyos habitantes tienen unos brazos que les llegan hasta el suelo y cazan a mano los peces de los ríos, un pez con cada mano, simultáneamente. Según cierto libro, también pueden capturar los peces en el mar.

ANÓNIMO, *Libro de los montes y los mares*, VII
(final de la dinastía Zhou y dinastía Han)

Al norte de donde está el árbol *xiongchang* está el país de estos hombres: los *changgu* o «piernaslargas». Sus habitantes llevan, todos, el pelo sin recoger. Otra fuente sostiene que el nombre correcto de estos hombres es *changjiao* o «pieslargos».

Sea cual sea su nombre, leamos lo que dejó escrito el investigador Guo Pu, de la dinastía Han, al respecto: «existe un país al este del río Chi cuyos habitantes tienen muy largos brazos y cuerpos cuya forma es semejante a la del cuerpo de las personas normales, pero con brazos de unas seis varas y pico de longitud. De ello se colige que sus piernas tienen unas nueve varas de longitud. Conviene agregar ahora que estos hombres «piernaslargas» acostumbran a llevar a cuestas a los hombres «brazoslargos», pues tienen estos grandes dificultades en caminar y llegar, sin dañarse esas manos y brazos que les van chocando contra el suelo, hasta la orilla del mar, donde los bajan para meterlos en el agua y pescar.

ANÓNIMO, *Libro de los montes y los mares*, VII
(final de la dinastía Zhou y dinastía Han)

Hacia el oeste del recién mencionado monte, se halla el País de los *guixiong* u «hombres de agujereado pecho». Se trata de un país cuyos habitantes tienen un agujero que va desde la parte delantera del pecho hasta la espalda. Cuando los altos cargos de tal país quieren ir a algún lugar, se despojan de sus túnicas, sus subalternos les introducen por dicho agujero una gruesa caña de bambú y, entre dos, los transportan en volandas.

ANÓNIMO, *Libro de los montes y los mares*, VII
(final de la dinastía Zhou y dinastía Han)

Existe un animal, llamado *bingfeng*, que habita al oeste del País de los hechiceros; es su cuerpo semejante en forma al de los cerdos, pero con una diferencia: tiene una cabeza en cada punta del cuerpo y todo es de color negro.

ANÓNIMO, *Libro de los montes y los mares*, VII
(final de la dinastía Zhou y dinastía Han)

El País de los hombres sin pantorrillas está al este del País de los hombres de los muslos largos; está habitado por hombres que no tienen pantorrillas; tampoco descendencia. ¿Cómo han podido llegar a formar un país careciendo de descendencia? Se dice que son hombres que vivían encovados en los montes; que eran geófagos; que tenían órganos sexuales tanto masculinos como femeninos y un corazón que, ya muertos y enterrados, no se corrompía, de suerte que renacían al cabo de ciento veinte años. Así, pues, muriendo y renaciendo de tal modo y renaciendo y volviendo a morir de tal manera, resultaban ser en verdad inmortales y su país, a pesar de su infecundidad, un país floreciente en permanente evolución.

ANÓNIMO, *Libro de los montes y los mares*, VII
(final de la dinastía Zhou y dinastía Han)

Existe un país, llamado el País de los hombres monóculos, que está al este del monte Zhong, cuyos habi-

tantes tienen un solo ojo, que les sale justo en el centro del rostro.

ANÓNIMO, *Libro de los montes y los mares*, VII
(final de la dinastía Zhou y dinastía Han)

8

A trescientas cincuenta leguas más hacia el oeste está el monte Tian, en el que abundan el oro y el jade, y en el que hay rejalgas verdes. Es allí donde nace el río Ying, que luego fluye hacia el sur hasta afluir al Shang, y donde vive un dios llamado Dijiang. Tiene el Dijiang seis patas y cuatro alas. Su cuerpo es un bulto de forma más bien redondeada. Es amarillo, pero a veces se pone rojo como el fuego y como el cinabrio. Carece de ojos. Carece de cabeza. Y en cuanto puede, y porque le encanta, se pone a cantar y a bailar a solas.

ANÓNIMO, *Libro de los montes y los mares*, VII
(final de la dinastía Zhou y dinastía Han)

9

El primer monte de esta primera cordillera hacia el sur, que es la de los montes Que, es el Zhaoyao. El monte Zhaoyao está a orillas del Mar del Oeste y hay allí muchos canelos y muchos metales y jades. Hay allí un tipo de planta, llamada *zhuyu*, que es semejante en forma a los puerros, pero con flores verdes; quien la come se libra del hambre largo tiempo. Hay allí un tipo de árbol, llamado *migou* o «notepierdes», que es semejante en forma a las moreras, pero con vetas negras y flores muy brillantes; quien lleva hojas o alguna ramita no se pierde. Hay allí un tipo de

cuadrúpedo, llamado *xingxing*, que guarda cierta semejanza con los simios, pero que presenta orejas blancas y es capaz tanto de avanzar a cuatro patas como erguido igual que las personas; y, quien come su carne, camina rápido¹.

ANÓNIMO, *Libro de los montes y los mares*, VII
(final de la dinastía Zhou y dinastía Han)

10

En el año quinto de los años de la Era Yuanfeng, en tiempos de la presente dinastía, el país de Lebi ofreció al Imperio cierto regalo en señal de sumisión: cientos de pájaros diminutos, pájaros que fueron metidos en una jaula cúbica de jade de apenas unos centímetros y en la que po-

¹ «Los *xingxing*, dice el capítulo 13 («Discursos sin límites ni bordes») del *Libro del maestro Huainan*, tienen conciencia del pasado, pero no del futuro». Un escoliador de la dinastía Han desconocido agregó: «Cuando los *xingxing* ven a alguien corriendo alejándose de ellos, pueden adivinar su nombre». El erudito de la dinastía Qing llamado Gao Liu añadió: «Los *xingxing* viven en los valles y, cuando ven que alguien quiere cazarlos poniendo en medio de una vereda zapatos o bebidas alcohólicas como señuelo, pues son dos cosas que les gustan mucho, al instante pueden saber el apellido de quien así haga, de modo que le insultan ferozmente mentando tanto a esa persona como a sus antepasados y le dicen así: “¿Acaso, idiota de ti, te creías que me ibas a coger?”». Finalmente, el estudioso contemporáneo Ren Fuxian, añade: «los lugareños que quieren atrapar *xingxing* les ponen de señuelo en mitad de las veredas unos cuantos zapatos de esparto atados entre sí y bebidas alcohólicas. En un primer momento, los *xingxing* adivinan la treta, insultan a los lugareños y se van. Pero regresan al poco tiempo y se ponen a beber y a probarse los zapatos, y beben de tal modo que acaban emborrachándose, y, como los zapatos de esparto estaban atados entre sí, cuando aparecen los lugareños que vienen a capturarles, estando ellos borrachos y atados los zapatos, no pueden echar a correr. Los lugareños dicen entonces: “*Xingxing*, ¡a elegir el más cebado de vosotros!”, lo cual les hace mirarse unos a otros muy tristemente y echarse a llorar».

dían volar holgadamente. Por su tamaño, eran un poco más grandes que moscas; por su aspecto, eran como papagayos en miniatura; por su voz, que podía ser escuchada a varios kilómetros a la redonda, eran como cigüeñas. Y su piar era para los habitantes de Lebi una señal divisora del tiempo (de ahí que hubiese quien los llamara «los insectillos horarios»).

En cierta ocasión, ordenó el emperador que los dejaran libres por palacio: al cabo de pocos días, habían huido todos. Tremendamente encariñado con ellos, despachó el emperador numerosos hombres en su busca, pero ninguno los halló. Al cabo de dos años, de golpe, se los volvió a ver agrupándose en las cortinas de palacio y colándose en las mangas de la gente (de ahí que hubiese quien los llamara «los pajarillos roperos»). Y no hubo una sola concubina imperial a quien no encantasen aquellos diminutos pajarillos, pues atraían el amor del emperador hacia toda aquella en cuyas ropas se posaban.

Al emperador le llegaron sus últimos años y a muchos de los pájaros, la muerte; y a medida que fueron desapareciendo, las mujeres comenzaron a recoger sus plumas y a usarlas de adorno, pues también atraían el amor de sus esposos.

Conviene agregar ahora que los habitantes del reino de Lebi no levantan medio palmo del suelo, tienen alas y son amigos de ironías, paradojas y juegos hilarantes de lenguaje (de ahí que hubiese quien lo llamara «el país de los parlanchines»). Que acostumbran a ir volando en grupo; a quedarse posados donde dé el sol hasta que emitan sus cuerpos calor, momento en que regresan a sus casas, y a no beber cosa que no sea el rocío del alba, por ser semejante a perlas.

GUO XIAN (26 a.C.-55 d.C.)

Los siguientes hechos ocurrieron cuando el general Jiang Ji —natural de Ping'an en el reino de Chu— se hallaba destinado en el reino de Wei. Cierta noche, su esposa soñó que su hijo, que ya había muerto, le decía llorando:

—Madre, ¡qué diferente es el mundo de los vivos del mundo de los muertos!, ¡qué distinto era ser hijo de un general, cuando vivía, y ser un peón bajo las lomas del monte Tai, ahora que he muerto! De verdad que las asperezas y penalidades que estoy sufriendo aquí son increíbles. Necesito que me ayudes. Muy pronto van a llamar a un hombre que vive en la parte izquierda del templo de Tai; se llama Sun'a y le van a dar, aquí, en el mundo de los muertos y los espíritus, el gran cargo de Señor del Monte Tai. Que mi señor padre vaya y hable con él y lo convenza de que, ya en posesión de su cargo, me traslade a un puesto más liviano.

En el preciso instante en que calló el muchacho, abrió la madre los ojos. Y tan sobresaltada estaba que fue a contárselo a su esposo en cuanto amaneció.

—Mujer —le dijo este—, que no te desasosiegue un sueño, que los sueños son cosa vana.

Pero la noche del mismo día volvió a soñar con su hijo.

—Hoy hemos venido —le dijo esta vez—, a recoger al futuro Señor del Monte Tai, el hombre del que te hablé, que vive en la parte baja del templo de Tai. Nos vamos mañana al mediodía. No creo que pueda venir a verte más. Pero te había prometido despedirme, así que aquí estoy. Ya he visto que mi señor padre es firme de ideas y difícil de convencer, pero ¿no podría persuadirlo al menos de que haga la prueba, aunque solo sea una vez, de buscar a ese hombre llamado Sun'a? —y le describió minuciosamente cómo era.

—Aunque afirmes que los sueños son vanos y no merecen mi desasosiego —dijo la madre a su esposo al día si-

guiente—, te suplico que vayas a buscar a ese hombre, que vayas a ver si lo que dice mi sueño es cierto o no, aunque solo sea esta vez.

El general despachó entonces soldados hasta el templo de Tai. Preguntaron por alguien llamado Sun'a y, en la parte izquierda, en efecto, encontraron a un hombre que coincidía punto por punto con la descripción que había hecho el chico.

—Hijo mío, ¡qué cerca he estado de fallarte! —suspiró el general, incapaz de contener las lágrimas cuando tuvo a Sun'a ante sí. La explicación que dio a Sun'a de lo ocurrido, lejos de provocar en él temor por hallarse de su muerte tan cercano, le infundió la dicha de saber que el cargo de Señor del Monte Tai le había sido destinado, aunque también un recelo: que en las palabras del muchacho faltase exactitud.

—Si todo ocurre tal como dijo, señor, no dudéis que haré por vuestro hijo cuanto pueda; decidme de qué se trata.

—Lo único que él querría es un cargo más llevadero.

—Descuidad, que le ayudaré gustoso.

Dicho lo cual, el general le correspondió muy agradecido y partió dejando tras de sí y hasta la puerta de su guarnición, cada diez pasos, una cadena de vigilantes que le informarían de lo que fuese sucediendo: tal era su anhelo por saber en qué paraba todo aquello.

Al alba se le informó de que a Sun'a había comenzado a dolerle el corazón. A media mañana se le informó de que el dolor de corazón era muy fuerte. A medio día se le informó de que Sun'a había muerto.

—Apena saber que el hijo de uno está sufriendo bajo tierra —dijo el gran general con lágrimas en los ojos—, pero, al menos, es una dicha tener la certeza de que aquellos que mueren también conservan el conocimiento y la capacidad de sentirse alegres.

El hijo volvió al cabo de un mes:

—Madre, ahora ocupo un cargo de escribano.

ATRIBUIDO A CAO PI (187-226)

Hubo un muchacho que se llamaba Song que, yendo ya bien cerrada la noche por cierta vereda en la prefectura de Nanyang, se topó con un espíritu.

—¿Quién va? —preguntó el chico.

—Un espíritu —respondió el espíritu—, ¿y tú?, ¿quién eres tú?

—Otro espíritu —mintió el chico.

—Y ¿a dónde vas? —volvió a preguntar el espíritu.

—Al mercado de Nanyang.

—Qué casualidad, también yo.

Dicho lo cual, caminaron juntos un buen trecho sin hablar, hasta que dijo el espíritu:

—Así vamos demasiado despacio, ¿no te parece que iríamos más rápido si nos turnásemos llevándonos a cuestras uno al otro?

—Desde luego —accedió el chico, subiéndose a cuestras del espíritu.

—¡Si pesas muchísimo! —exclamó sorprendido—. ¿De verdad que eres un espíritu?

—Lo que pasa es que soy un espíritu reciente, por eso peso bastante todavía.

De este modo, fue Song quien se echó a cuestras al espíritu, y el espíritu apenas si pesaba. Y cuando estaban turnándose por tercera vez, dijo:

—Como soy un espíritu reciente, aún no sé muy bien qué es lo que más miedo nos da a los espíritus. ¿Qué es?

—Que alguien nos escupa encima, eso es lo que más miedo da.

Al poco tiempo, llegaron a un riachuelo. El chico dejó que el espíritu lo cruzara primero, y no hubo ruido de pies en el río. Mas, cuando fue él quien lo cruzaba, se oyó un sonido claro producido por los suyos contra el agua.

—¿Cómo es posible que hagas ruido? —preguntó el espíritu.

—¿De qué te extrañas? ¿Acabo de morir y ya quieres que sepa cómo se cruza un río?

Cuando estaban ya muy cerca del mercado, y aprovechando Song que llevaba al espíritu a cuestas, le aferró. El espíritu empezó a chillar y a gemir lastimeramente y a pedirle que le dejase bajar al suelo, pero Song no le hizo caso y, aferrado, lo llevó hasta el mercado, donde lo derribó. Al instante, el espíritu se transformó en un carnero. Song lo vendió como tal y, temiendo que volviera a transformarse en otras cosas, le escupió encima, cogió sus mil quinientas monedas y se fue.

ATRIBUIDO A CAO PI (187-226)

13

En tiempos de los Reinos Combatientes, a un hombre llamado Zhou y nacido en Zhongshan le ocurrió que, siendo ya oficial imperial y estando cierto día en su despacho, de una madriguera salió un ratón con túnica y sombrero, se subió a una viga del techo y le amenazó:

—Zhou, Zhou, tal día de tal año te llegará la muerte.

Pero Zhou nada le respondió, simplemente, lo ignoró. El ratón regresó a su madriguera. Transcurrió el tiempo y, llegado el día del mes del año predicho, aquel mismo ratón volvió a salir de la misma madriguera, pero esta vez con túnica granate y sombrero funerario, y le vaticinó:

—Zou, Zhou, ten cuidado, porque, antes de que el sol llegue hoy al meridiano, morirás.

Pero Zhou, una vez más, no hizo otra cosa que ignorar sus palabras, de suerte que el ratón regresó al interior de su madriguera descorazonado y arrastrando los pies; al

cabo de un minuto volvió afuera y, viéndole aún allí, le advirtió:

—Pero ¿qué haces ahí?, ¿no ves que el sol está a punto de llegar al mediodía?

Zhou le ignoró una vez más y el ratón volvió de nuevo a su madriguera, madriguera de la que salió en seguida y a la que volvió a entrar y a salir y a entrar y a salir repitiéndole sin cesar semejantes palabras hasta que el Sol, en verdad, llegó al mediodía, momento en el que el ratón le gritó:

—¡Pero cómo te quedas ahí parado, sin reaccionar, con el sol ya en el centro del día! —dicho lo cual, tan lleno de desazón y rabia estaba, cayó al suelo sin vida. Su túnica y su sombrero desaparecieron al instante. Zhou ordenó a un soldado que le acercase el cuerpo muerto para verlo mejor. Lo examinó y llegó a la conclusión de que era un ratón como cualquier otro ratón.

ATRIBUIDO A CAO PI (187-226)

14

Hay al norte del mar de Ming un país, llamado Boti, cuyos habitantes visten ropas hechas con pelo y plumas de animales; carecen de alas pero vuelan; carecen de sombra a pleno sol; viven justo mil años; solo comen las algas del río Hei y solo beben la savia de los canelos del monte Yin; se transportan de un lugar a otro usando la fuerza del viento, y vuelan, o usando la de las olas, y flotan.

En una ocasión en que llegaron con regalos al Imperio, por la calidez del clima aquí, sus ropas desplumaron y fueron perdieron el pelo poco a poco, de suerte que nuestro emperador les dio pieles de leopardo y cambiaron de vestimenta. Ellos ofrecieron unos aros de jade negros como alpaca pura, además de mil potros prietos que el emperador

usó como tiro en sus carros de hierro, gracias a los cuales pudo conocer y supervisar las regiones más remotas. Los hombres de Boti regresaron a su país suspensos en el viento y flotando en las aguas del río Hei.

WANG JIA, dinastía Jin

15

El país de Futi envió al emperador como regalo en señal de sumisión dos hombres misteriosos y expertos en la escritura de libros, que eran también capaces de volverse ancianos o niños a placer, de borrar sus cuerpos dejando a la vista las sombras de sus cuerpos y de producir sonidos desde sus cuerpos vueltos invisibles.

Cierto día, se sacaron de dentro de sus codos unas jarras de oro de poco menos de un palmo de alto, con cinco dragones grabados y la tapa sellada con barro azul; en su interior tenían una tinta de un negro semejante al de la alpaca pura que, cuando la derramaban en el suelo o sobre piedras, formaba caracteres en estilos «de sello», «regular» y «grueso». Con ella escribieron cien mil caracteres sobre el origen del cosmos y del hombre, auxiliando así al maestro Lao Tse en la escritura del *Tao Tè Ching*². Los escribieron sobre tablillas de jade que ataban con cordel de oro y que conservaban en cajas también de jade. Desde el alba hasta la media noche trabajaban sin descanso, fatigando sus cuerpos y agotando sus energías. Y cuando apuraron el líquido de las jarritas de oro, se abrieron el corazón, extrajeron sangre y la usaron a modo de tinta. Y cuando necesitaron pasta de cera para velas, se taladraron los cráneos y los

² Libro fundacional del taoísmo que consta de cinco mil ideogramas. Hay traducción castellana en Alianza Editorial, Madrid, 2017.

huesos, extrajeron cerebro y médula, y eso usaron. Y cuando ya no les quedó ni cerebro, ni médula, ni sangre, sacaron de un bolsillo interior cerca del pecho unos cilindros de jade, y se untaron todo el cuerpo con ciertos polvos medicinales rojos que en ellos guardaban, quedando reparados y tal como estaban antes.

—Eliminé lo superficial de todo aquello —dijo Lao Tse después de que hubieran acabado el libro y partido— y quedó en cinco mil caracteres.

No se sabe dónde estén.

WANG JIA, dinastía Jin

16

En el séptimo año del período llamado Zhoucheng, fue descubierto, más allá del límite sur del Imperio, un país llamado Fulou, cuyos habitantes eran expertos en transformaciones y metamorfosis: eran capaces de cambiar su propio aspecto y de transformar el de sus ropas, que estaban hechas de oro, jade y plumas; eran capaces de ejecutar tanto grandes cambios (fabricar nubes y neblinas) como pequeños (meterse en un cabello). Eran capaces también de echar nubes por la boca y expulsar por ella fuego; de producir ruido de truenos con solo sacar tripa; de transformarse en rinocerontes, en elefantes, en leones, en dragones, en serpientes, en mastines y en caballos; de metamorfosearse en tigres y en rinocerontes hembra, de parir hombres por la boca, y, en fin, de ejecutar muchos y diversos números de circo sin preparación ni esfuerzo. Eran capaces también de cambiar instantáneamente de tamaño, midiendo a veces unos milímetros y a veces varios centímetros. Y aunque su aspecto fuera muy extraño e inquietante, cobraron tan buena fama y tan gran renombre que en nuestro Ministerio de las Artes hubo muchos que estudiaron sus técnicas y

transmitieron lo aprendido de generación en generación hasta la dinastía Jin. No obstante, lo que lograron no fue sino lo más tosco de su arte, quedándoles lo esencial sin aprender.

WANG JIA, dinastía Jin

17

Existe un país, llamado Daren o «el país de los hombres grandes», cuyos habitantes están treinta y ocho años en los vientres de sus madres y, luego, nacen; y nacen con el pelo cano y los cuerpos ya crecidos. No saben andar, pero sí subirse a nubes e ir así de lugar en lugar. Tal vez sean una variedad de dragón. En fin, dicho país está exactamente a catorce mil leguas del conocido monte Guiqi.

ZHANG HUA (232-300)

18

Hubo un hombre que, caminando monte adentro, se cayó por un agujero muy profundo y del que no halló vía alguna de salida. Cuando estaba ya a punto de morir de hambre, se vio rodeado de un gran número de serpientes y tortugas, todas tumbadas mirando hacia Levante, de modo que se tumbó también él en igual postura y dirección, y ya no sintió más el hambre; además, comenzó a sentir leve su cuerpo, tan leve que acaso pudiera subir hasta la boca del agujero. Muchos años estuvo así tumbado, al cabo de los cuales ensayó un salto hacia arriba dándose impulso con los brazos y consiguió salir de allí. Radiante de alegría el rostro y cambiado en más sabio el

pensamiento, llegó a su casa y un plato de simples cereales le sabía a gloria; pero al cabo de cien días, retornó a ser el mismo que fuera.

ZHANG HUA (232-300)

19

Cuando hay un pelo de un hombre sujeto en el pico de un pájaro que vuela, ese hombre sueña que vuela.

ZHANG HUA (232-300)

20

Si miran la luna los conejos y al tiempo lamen el pelaje de las liebres, quedan estas preñadas al instante y por la boca paren gazapillos. Y lo sé no solo de oídas sino también porque lo he presenciado.

ZHANG HUA (232-300)

21

Hay en el Imperio una tribu de hombres, los llamados *meng-huan* u «hombres dobles», cuyos orígenes deseo relatar: de una misma mujer tuvo el emperador Zhuanxu³ un hijo y una hija que obraron como esposo con esposa, de suerte que su padre los abandonó en mitad de las montañas, donde murieron abrazados el uno al otro. Hubo en-

³ Figura de la mitología.

tonces cierto pájaro que los cubrió con hierbas de la inmortalidad y, al cabo de siete años, volvieron a la vida: tenían un cuello, dos cabezas y cuatro manos. Sus descendientes no son otros que los «hombres dobles».

ZHANG HUA (232-300)

22

Hay en medio de los montes Jiangnan un riachuelo en que viven ciertos bichos llamados «flechadores». Los bichos «flechadores» son un tipo de insecto, de unos cinco centímetros de longitud, en cuya boca hay algo, semejante a una ballesta, con lo que soplan flechas a la sombra de los hombres: y, cuando aciertan, de tal modo enferma la parte del cuerpo en su sombra flechada que, o es curada al instante, o el hombre muere sin remedio.

Actualmente, existe cierta variedad de insecto, llamado *juesou*, que, cuando orina en la sombra de un hombre, queda ulcerada aquella parte del cuerpo en cuya sombra orinó.

ZHANG HUA (232-300)

23

Los zorros, cuando llegan a los cincuenta años, se pueden transformar en mujeres; cuando llegan a los cien, en hermosas mujeres, en mujeres desenfrenadas, en mujeres —llamadas *wu*— que son capaces de comunicarse con los dioses y los espíritus. También se pueden transformar en hombres y tener relaciones sexuales con mujeres. Pueden, igualmente, saber cosas que suceden a miles de leguas de donde se encuentren. Son diestros en las artes malas y capaces de hacer que las personas se pierdan y no encuentren